

MURCIANOS EN EUROPA

FRANCISCO JAVIER DÍEZ DE REVENGA

Celebramos hoy en Murcia el Día de Europa¹, una fiesta civil llena de gozo porque, a través de los distintos actos programados, tendremos ocasión de expresar y confirmar nuestra inexcusable vocación de europeos, ciudadanos de un territorio común creado y fundamentado en la paz, la solidaridad, el intercambio comercial, social y cultural. Me corresponde en esta ocasión reflexionar sobre el significado que para Murcia y para los murcianos tiene esta fecha, el valor que este acontecimiento posee para cuantos creemos en Europa y sentimos, desde el presente, la vocación europea de esta Región a través de la historia.

La Región de Murcia ha construido su historia sobre la base de su realidad geográfica como tierra de frontera, del desarrollo de sus ciudades, villas y lugares y de la existencia de personas que por su condición excepcional han sido sujetos de esa historia y con sus méritos y valores han trascendido los límites estrictos de esta región para llevar su nombre fuera de nuestros límites.

Estos serían aquellos murcianos que hicieron historia, símbolo del quehacer incansable de las gentes de esta región y como representación de los méritos de otros muchos murcianos anónimos que contribuyeron, con su trabajo, con su saber, con su ciencia y con su virtud, a hacer esta región.

Tierra de trabajadores, de diplomáticos y de exportadores, tierra de inventores y aventureros, tierra de artistas y de escritores, vivió a lo largo de los siglos intercambios que la enriquecieron con aportaciones europeas de primer orden. Pensemos que los dos escultores más conocidos, y tan admirados por todos nosotros, de esta

¹ Discurso en la conmemoración del Día de Europa. Comunidad Autónoma de la Región de Murcia, 9 de mayo de 2003.



Región, Nicolás de Bussy y Francisco Salzillo Alcaraz, representan bien esta vocación europea de nuestros paisanos. Nicolás de Bussy vino de la lejana Alsacia (había nacido en Estrasburgo a mediados del siglo XVII) a establecerse en nuestra Región: Salzillo, nacido en Murcia, era hijo del escultor nacido en Capua, cerca de Nápoles, en 1679 Nicolás Salzillo, que se estableció en nuestra región a principios del siglo XVIII y creó la gran escuela de la escultura murciana cuyo principal protagonista sería su propio hijo Francio Salzillo Alcaraz.

Vocación europea que encontramos en otros hijos ilustres de esta Región como Belluga, Floridablanca, Peral o Juan de la Cierva Codorniu.

En 1704, vacante la sede episcopal de Cartagena, por muerte de su titular don Francisco Angulo, es elevado a esta dignidad el canónigo de la Catedral de Córdoba, nacido en Motril en 1662, don Luis Antonio de Belluga y Moncada que regiría la diócesis durante un dilatado período finalizado en 1724, año en que voluntariamente renunciaría a su silla episcopal. Atendería así mejor sus deberes de Cardenal de la Curia Romana, que había ido retrasando desde la fecha de su elevación a la púrpura cardenalicia en 1719. El último período de su estancia en Murcia difícilmente el Cardenal podría atender la diócesis murciana, porque en más de una ocasión hubo de viajar a Roma para asistir a cónclaves y a otras reuniones propias de su cargo en la corte pontificia.

Su lealtad a Felipe V le obligó a desempeñar funciones muy ajenas a su condición de obispo, pero fundamentales para la historia de Murcia. Ocupado por las tropas del Archiduque de Austria todo Levante, incluso Cartagena y Orihuela, Murcia adquiere un valor estratégico insospechado. El obispo llega a crear un ejército de 3.000 hombres, es nombrado Capitán General y Virrey y en septiembre de 1706 derrota y hace huir al ejército austriaco formado por 9.000 hombres en la batalla del Huerto de las Bombas, tras la inundación de la huerta que impidió a aquella numerosa tropa desenvolverse con facilidad. Posteriormente, los murcianos y su obispo participarían en 1707 en la batalla de Almansa, que supuso la derrota definitiva de la facción del Archiduque.

A partir de este momento, Belluga se reintegraría a una vida de paz y beneficencia que dotó a Murcia de instituciones que han llegado a nuestros días. No sólo socorrió a los pobres, acogió a los huérfanos y veló por las buenas costumbres, sino que también creó centros de estudios y colonizó tierras. Al finalizar la guerra de Sucesión, la ciudad de Orihuela, agradecida por su actuación militar, donó a Belluga una gran extensión de terreno estéril y pantanoso situado entre la ciudad y el mar. Utilizando laboriosos procedimientos de drenaje y desecación consiguió de aquella zona, a la vuelta de diez años, un auténtico vergel donde pudo constituir tres parroquias y conseguir unas riquezas cuyas rentas sirvieron para costear sus fundaciones benéficas y académicas. Entre ellas, deben recordarse la reforma del Seminario de San Fulgencio, la creación de los Estudios de la Purísima en Murcia y en Lorca, el Monasterio de los Jerónimos en Guadalupe, el Oratorio de San Felipe, la Casa de Maternidad, el Asilo de Arrepentidas, la Casa de Expósitos de Santa Florentina, el Colegio de Infantes de San Leandro y el Seminario de Teólogos de San Isidoro.



Belluga renunciará a la diócesis de Cartagena en 1724 para quedar en Roma como Cardenal de Santa María Traspontina y Protector de España ante la Santa Sede. Allí morirá y será enterrado en la Iglesia de Santa María in Vallicella en febrero de 1743.

El último tercio del siglo XVIII en Murcia está presidido por la influencia tanto social como política de un personaje excepcional: el Conde de Floridablanca. José Moñino Redondo había nacido en Murcia en 1728, había hecho sus primeros estudios en el Seminario de San Fulgencio y en la Universidad de Orihuela, y a partir de los veinte años había ejercido como abogado en Madrid. Sus cargos de Fiscal del Consejo de Castilla, al que accedió a los treinta y ocho años, y de Embajador en Roma, lo reputaron como jurista y político muy hábil, cuyos éxitos inclinaron a Carlos III a concederle el título de Conde de Floridablanca en 1773, a raíz de su participación en Roma en la suspensión de la Compañía de Jesús, por bula de Clemente XIV.

En 1776 fue nombrado por Carlos III Ministro de Estado, cargo en el que permaneció hasta 1792 ya en el reinado de Carlos IV, fecha en la que intrigas muy bien planeadas le hicieron caer en desgracia. Durante su gobierno se llevaron a cabo en toda España, y en la región de Murcia especialmente, obras públicas y benéficas muy importantes para el progreso de los reinos. El encauzamiento del río Segura a su paso por la ciudad de Murcia, la carretera que une ésta con Cartagena incluido el diseño del Puerto de la Cadena, la canalización del Guadalentín en Lorca, la construcción de los pantanos de Puentes y Valdeinfierno y la del Puerto de Águilas. Su actuación en política internacional es aún recordada, ya que se firma la Paz de Versalles al comienzo de su mandato y recupera Menorca y la Florida para la corona española.

Cuando le sobrevino su desgracia política, viajó hacia Hellín pero, ordenado detener, fue conducido a Pamplona, donde sufrió toda clase de violencias y vejaciones. Puesto en libertad pasó sus últimos años en Murcia, donde vivió desde 1795 confinado en el Convento de los Franciscanos y apartado de la política, hasta que en 1808 Fernando VII le levanta la sanción y le devuelve la libertad total en plena ancianidad.

Pero ni la edad ni los sufrimientos pasados fueron capaces de alejarle de la política activa y así, cuando en aquel 1808 se produce el levantamiento contra Napoleón, Floridablanca forma parte de la Junta Suprema de Murcia y, en su representación, de la Central, que le eligió Presidente en Aranjuez, volviendo al final de su vida a ocupar el primer puesto de gobierno de España. Con la Junta se trasladó a Badajoz y de allí a Sevilla, donde a los tres meses escasos de su elección, murió ante el desconcierto de aquellos que habían confiado en la pericia del viejo político murciano. Espíritu ilustrado propio de su época, con su tinte volteriano y jansenista, fue hábil político y generoso protector de las ciencias, la economía y las artes, y producto muy de su tiempo fueron las Reales Sociedades Económicas de Amigos del País, fundadas en las ciudades más industriales de España, entre ellas Murcia.



La figura de Isaac Peral hay que ponerla en relación con la historia de la Marina española. Hijo y nieto de marinos, nació en Cartagena en 1851 y pronto, a la muerte de su padre, cuando él tenía catorce años, comenzó sus estudios en el Colegio Naval, donde obtuvo el nombramiento de Guardiamarina en 1867. A partir de esa fecha sirve en varios barcos y en 1872 navega hacia Cuba como segundo comandante del cañonero "Dardo". Interviene en diversos hechos de armas, algunos de ellos heroico, como el arriesgado ataque en Nuevitás, con un número reducido de marineros, que le valdrá la Cruz Roja del Mérito Naval. Vuelto a la Península participará en las campañas contra los Carlistas y en 1882 volverá a Cuba y a Filipinas.

A su regreso, su vida militar cambiaría al ser nombrado profesor de Física y Química en la Academia de Ampliación de Estudios de la Marina, lo que le permitiría llevar a cabo sus investigaciones largamente pensadas y llevadas en secreto. Es entonces cuando da a conocer su proyecto de sumergible que, inmediatamente, es apoyado por sus jefes, y por medio de las autorizaciones oportunas, comienza a trabajar en el proyecto, que logra hacer realidad en La Carraca de Cádiz en 1887. Las primeras pruebas, con éxito, se hacen en los años 1889 y 1890. Es entonces cuando logra que su submarino se sumerja a diversas profundidades que llegan a los diez metros y navegue a ciertas distancias bajo el mar.

A pesar del éxito inicial, pronto vinieron las dificultades. Las envidias, que ya se habían hecho evidentes en diversos momentos de las pruebas por medio de actos de sabotaje, paralizaron los proyectos de Peral, que vio como su suerte se invertía y todo eran impedimentos y suspensiones, además de que una grave enfermedad, que requiere diversas intervenciones quirúrgicas, le va impidiendo conseguir de sus jefes los permisos para continuar sus trabajos. Por otro lado, sus proyectos, que debían considerarse secreto militar, eran difundidos con suma facilidad, hasta el punto de darse a conocer por toda Europa sus planos y maquetas, cuando Peral aún no los había puesto en práctica. Abandonado el proyecto por decisión del Consejo Superior de Marina, se decide a pedir la baja en la Armada en 1891, y después de diferentes inventos (un acumulador eléctrico, un proyector luminoso y una ametralladora eléctrica) y la creación de su propia compañía, el Centro Industrial y de Consultas Electro-Técnicas Isaac Peral, quebrantada aún más su salud, marcha a Berlín para ser nuevamente intervenido quirúrgicamente, y allí muere en 1895, en medio de la incomprensión de propios y la admiración de extraños

Y Juan de la Cierva, camino del futuro. Perteneciente a una importante familia murciana –su padre Juan de la Cierva Peñafiel era alcalde de la ciudad en el momento en que nace en Murcia Juan de la Cierva Codorniu, en 1895–, el futuro Ingeniero de Caminos, Canales y Puertos estaba llamado a ocupar uno de los puestos más importantes en el campo de la invención aeronáutica. A pesar de la dedicación familiar a la política –el mismo fue diputado en diversas legislaturas en plena juventud– y de su titulación de Caminos, que le permitió realizar algún importante proyecto como el ferrocarril Murcia-Mula, fue la aeronáutica la pasión de Juan de la Cierva. Piloto aviador de primera clase, se especializó en la construcción de ingenios aeronáuticos, labor que empezó desde muy joven con diversas



pruebas más o menos arriesgadas. En 1916, en Getafe, construyó el primer trimotor de España, que tras un grave accidente en 1919 inspira a de la Cierva un ingenio que teniendo todas las ventajas del aeroplano, prescindiese de sus inconvenientes. Por ello ideó un sistema de sustentación que no dependiese como en los aparatos convencionales de la velocidad de traslación.

Inventa entonces el sustentador giratorio, base del autogiro y lo aplica a diversos aparatos rudimentarios, convertidos, según el propio Cierva, en "monstruosos saltamontes", pero el invento va perfeccionándose hasta que consigue, en 1923, que se eleve en Getafe el primer autogiro con éxito, que se reproduce en los años siguientes en Inglaterra, Francia, Italia y EE.UU. Se crean las compañías explotadoras para Europa (The Cierva Autogiro Company) y para EE.UU. (The Autogiro Company of America).

En 1928 cruza, pilotando él mismo un prototipo, el Canal de la Mancha, por lo que recibe en París el premio Lahn del Aero Club de Francia, y a partir de entonces llega a construir 120 prototipos diferentes con constantes mejoras que le llevaron a obtener el despegue vertical sin pista en 1934. Realizó el vuelo Gran Bretaña-España y en Valencia llevó a cabo sobre el portaviones Dédalo la maniobra de aterrizaje-despegue verticales.

En 1936 se traslada a Gran Bretaña comisionado por el Ministerio del Aire británico y en diciembre del mismo año muere en el aeropuerto de Croydon cuando despegaba, como pasajero, en un avión convencional de transporte con destino a Ámsterdam. La obra de Juan de la Cierva y los adelantos obtenidos en sus investigaciones quedaron truncados en pleno desarrollo, pero sirvieron para avanzar en las técnicas de vuelo y construcción de futuros aparatos voladores.

Pero nadie más europeo que nuestro primer escritor, Don Diego Saavedra Fajardo, a quien Francisco Alemán Sainz denominó, por antonomasia, "un murciano en Europa". Diplomático de profesión, y con un largo ejercicio de la misma en diversos países de Europa, escritor político, crítico literario, poeta, filósofo, jurista, nació Diego de Saavedra Fajardo en las proximidades de la ciudad de Murcia, posiblemente en una quinta cercana a Algezares o a La Alberca en mayo de 1584. Estudió Jurisprudencia y Cánones en la Universidad de Salamanca y en 1610 inició en Italia una importante carrera como diplomático y como gestor de los intereses nacionales en la corte pontificia, como familiar y secretario del Cardenal Borja, embajador de España ante la Santa Sede. Entre 1617 y 1623 trabaja en la embajada romana y provisionalmente, en Nápoles, como Secretario de Estado y Guerra, cuando a su superior lo nombra Felipe III Virrey de Nápoles. Con el cardenal, vuelve a Roma y participa en los cónclaves en los que fueron elegidos papas Gregorio XV (1621) y Urbano VIII (1623). En 1623 es nombrado Procurador y Solicitador de su Majestad en Roma, que no abandonará hasta 1633, designado Residente ante Maximiliano de Baviera, donde se inicia la etapa de actividad europea más intensa de Don Diego.

En 1634 se daría la importantísima batalla de Nördlingen, decisiva para el desarrollo de la guerra de los Treinta Años, entre el ejército sueco y las tropas



católicas del Cardenal-Infante y su cuñado el rey Fernando III de Hungría y Bohemia y Archiduque de Austria, que más tarde llegaría a ser emperador de Alemania (1636). En esa elección, celebrada en la Dieta de Ratisbona (Regensburg) participaría Saavedra Fajardo. Entre 1638 y 1642 actuó nueve veces como Embajador en las Dietas de los cantones suizos. De todos estos años, el más importante para nuestro diplomático fue 1640 y no sólo porque había de ser ascendido por Felipe IV al cargo de Plenipotenciario por el Círculo de Borgoña en la Dieta Imperial de Ratisbona, sino porque el día 10 de julio, en Viena, firmaría la dedicatoria de sus *Empresas políticas*, que habrían de ver la luz, antes de fin de año, en Munich. Viajero incansable, nuestro escritor explica cómo la obra surge en los pocos ratos libres que le deja su trabajo de diplomático:

En la trabajosa ociosidad de mis continuos trabajos por Alemania y por otras provincias pensé en esas cien Empresas que forman la Idea de un príncipe político-cristiano, escribiendo en las posadas lo que había discurrido entre mí por el camino, cuando la correspondencia ordinaria de despachos con el rey nuestro señor y sus ministros, y los demás negocios públicos que estaban a mi cargo, daban algún espacio de tiempo. [...] No escribo esto, oh lector, para disculpa de errores, porque cualquiera sería flaca, sino para granjear alguna piedad de ellos en quien considerare mi celo de haber, en medio de tantas ocupaciones, trabajos y peligros, procurado cultivar este libro, por si acaso entre sus hojas pudiese nacer algún fruto, que cogiese mi príncipe y señor natural, y no se perdiesen conmigo las experiencias adquiridas en treinta y cuatro años que, después de cinco en los estudios de la Universidad de Salamanca, he empleado en las cortes más principales de Europa, siempre ocupado en los negocios públicos, habiendo asistido en Roma a dos cónclaves, en Ratisbona a un convento electoral, en que fue elegido Rey de Romanos el presente Emperador; en los cantones Esguizaros a ocho dietas, y últimamente, en Ratisbona, a la dieta general del Imperio, siendo plenipotenciario de la serenísima casa de Borgoña. Pues cuando uno de los advertimientos políticos de este libro aproveche a quien nació para gobernar dos mundos, quedará disculpado mi atrevimiento.

A partir de 1640, Saavedra trabaja en otras obras suyas. Corrige la *República literaria*, prepara *Las locuras de Europa* y en 1645 fecha la dedicatoria de su *Corona gótica*. En 1643 había sido nombrado Ministro Plenipotenciario en el Congreso de Múnster, que habría de acordar la paz de Westfalia, final de la Guerra de los Treinta Años. Nuestro diplomático realiza un penoso viaje desde Madrid, enferma durante el mismo y no se le permite detenerse en el París de Richelieu, quien no le dio más tiempo que para oír una misa en los Cartujos. Llega a Múnster, sin recuperarse del todo, el 20 de noviembre de aquel año. Sus actuaciones fueron difíciles y no siempre bien comprendidas. Frente a los franceses era enérgico y su inmediato superior, el Marqués de Castel Rodrigo, llegaría a preocuparse por la vehemencia con que llevaba las negociaciones. En Madrid empezaron a minarle su crédito político y en abril de 1646 es relevado de su cargo, por lo que regresa a España. En agosto sería nombrado Introdutor de Embajadores. Se estaba preparando una residencia en el Convento de los Agustinos Recoletos de Madrid, cuando le sobrevino la muerte el 24 de agosto de 1648.



La personalidad de Diego de Saavedra Fajardo hay que situarla en la España y en la Europa controvertida de su tiempo. La España de la época era la de los reinados de Felipe III y Felipe IV, cuyos intereses defendió en diversas cortes europeas desde los diferentes escalones de una brillante carrera diplomática. La Europa era la de la Guerra de los Treinta Años, la que marcó el declive exterior de la monarquía española, frente a los intereses de la cada vez más poderosa Francia, que culminaría en la época del cardenal Richelieu. En el marco de este contexto trascendente se desarrolla la vida de Diego de Saavedra Fajardo y también su singular obra literaria, que hemos de enmarcar no en el campo de la literatura de creación sino en territorios de literatura doctrinal, ya que la figura de Saavedra Fajardo no responde al concepto habitual del escritor de su tiempo y su peculiaridad reside precisamente en la variedad de reclamos literarios que adornan su obra.

Vocaciones europeas todas ellas de murcianos pertenecientes a una Europa distinta de la actual: la Europa del intercambio y de la cooperación, la Europa de la solidaridad. La Europa que, posiblemente, ninguno de estos ilustres murcianos evocados pudo llegar a imaginar

